

Mesa N°4: Cultura, formas materiales y construcciones ideológicas en la edad media

Coordinadores: Garófalo, Hernán (UNR) Giordano, Gustavo (UNC)

Jacobo de Vitry y las iglesias cristianas orientales

PARRA, AGUSTÍN

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

parra.agustin21@gmail.com

INTRODUCCIÓN

En noviembre de 1095, durante el Concilio de Clermont, el papa Urbano II llamó a la nobleza latina a iniciar una campaña con el objetivo de recuperar Tierra Santa. De esta forma comenzó el movimiento cruzado que consiguió conquistar la ciudad de Jerusalén 1099 y que, con avances y retrocesos, permitió a los francos extender sus dominios sobre Tierra Santa hasta 1291, año en que la ciudad de Acre cayó bajo el asedio de las fuerzas mamelucas y los cruzados fueron definitivamente expulsados. Dicho movimiento ha generado, desde su origen, una profusa bibliografía¹. Una de las fuentes más importantes de la época, la *Historia Orientalis* de Jacobo de Vitry (1160/1170-1240), fue escrita en el primer tercio del siglo XIII durante el sitio a Damietta (1218-1220), en el contexto de la Quinta Cruzada (Bird, 2003: 56).

El canónigo, teólogo y cronista francés fue un prolífico intelectual y un gran predicador de las cruzadas. La *Historia Orientalis* y toda su obra en general representan una fuente fundamental para la disciplina histórica, particularmente para la construcción de conocimiento sobre las primeras Cruzadas y la instauración de los Reinos Latinos en Medio Oriente.² En dicha obra, de Vitry construye un relato sobre la historia de la conquista de Tierra Santa por los ejércitos cruzados, así como una descripción de los cuatro principados que conformaron el territorio bajo dominio de los latinos (Condado

¹ Las primeras crónicas son escritas por los propios cruzados, apenas finalizada la primera campaña (1096-1099). Entre ellas, se destacan la *Historia francorum qui ceperunt Hierusalem* de Raimundo de Aguilers, la *Gesta Francorum*, escrita por un normando anónimo, y las crónicas de Fulcro de Chartres, capellán de Balduino de Boulougne, quien fuera el primer rey del reino latino de Jerusalén.

² Junto con la *Historia Principum Orientalium* de Guillermo de Tiro, son unas de las pocas fuentes valiosas con las que contamos para conocer el proceso de formación, consolidación y declive de los reinos latinos en Oriente.

de Edesa, Principado de Antioquía, Condado de Trípoli y el Reino de Jerusalén) y de las diferentes comunidades cristianas que habitaban la región³.

La *Historia Orientalis* de Jacobo de Vitry es un claro ejemplo de aquello que Nikolas Jaspert llamó “concepto de cruzada”; es decir, el fundamento espiritual e ideológico en el cual se sustentaron las expediciones (Jaspert, 2008: 28). Dicha concepción influyó en la mayoría de las fuentes, crónicas e historias contemporáneas, y se sintetiza en un ideal de defensa de la cristiandad que reivindica el valor del movimiento cruzado como proceso histórico, justa reacción ante el avance musulmán y su amenaza sobre Tierra Santa, y como instrumento de la voluntad divina. De esta forma, desde la Primera Cruzada, los cronistas de la época no dudaron en señalar la primordial importancia que la búsqueda de redención divina tuvo dentro de los motivos que llevaron a una gran parte de la sociedad medieval a dirigirse a las tierras lejanas de Medio Oriente a luchar contra los infieles. Estas características han llevado a la historiografía posterior a señalar que aquellos primeros relatos sobre las Cruzadas respondían a una fuerte motivación propagandística. En efecto, en su *Historia...* de Vitry construye una imagen y un relato ridiculizantes sobre los árabes, que tienen como objetivo, en última instancia, justificar su expulsión y la conquista de los territorios santos de los cuales habían tomado posesión.

Semejante operación ideológica ha sido ya ampliamente abordada por la historiografía⁴. Sin embargo, en la *Historia Orientalis*, dicha operación no sólo se aplica al análisis y descripción de las sociedades por fuera de la cristiandad, sino que la ideologización se extiende también hacia los pueblos que se encuentran dentro de la frontera religiosa. A continuación, retomaremos la descripción de Jacobo de Vitry sobre las diferentes iglesias cristianas orientales existentes en Tierra Santa hacia los siglos XII y XIII para analizar los valores y las premisas sobre los que está basada.

LOS CRISTIANOS ORIENTALES SEGÚN DE VITRY

A lo largo de seis capítulos—específicamente, los pasajes comprendidos entre los capítulos LXXVI y LXXXI—, Jacobo de Vitry nos presenta, mediante cierta

³ Para un estudio histórico y un mayor desarrollo de las comunidades cristianas orientales, véase Pahlitzsch, Johannes. *Graeci und Suriani im Palästina der Kreuzfahrerzeit. Beiträge und Quellen zur Geschichte des griechisch-orthodoxen Patriarchats von Jerusalem*, Berlín, Duncker & Humblot, 2001.

⁴ Véase Giles Constable, *The Historiography of the Crusades*, en Angeliki E. Laiou y Roy P. Mottahedeh (eds.), *The Crusades from the Perspective of Byzantium and the Muslim World*, Washington D.C., Dumbarton Oaks, 2001; y Christopher Tyerman, *The debate on the Crusades*, Manchester University Press, UK, 2011.

esquematación, las características más salientes de seis pueblos cristianos orientales. Los primeros dos capítulos, que son además los más extensos, están dedicados a pueblos cuya imagen es indudablemente controversial. A partir de allí la valoración tiende, si no a tornarse positiva, a aminorar su negatividad.

El recorrido comienza con el pueblo jacobita. Luego de una breve presentación de sus orígenes y su ubicación geográfica, de Vitry pasa rápidamente a enumerar ciertas prácticas que no considera correctas para la doctrina cristiana ortodoxa: la circuncisión de niños y niñas, la confesión sin intermediación de sacerdotes, y la costumbre de marcar a los recién nacidos con hierro candente. Sin embargo, hay un error que se eleva por encima del resto: “Habían caído en la más perversa y dañina de las herejías al sostener que, dado que en Cristo habitaba sólo una persona, en él residía también una sola naturaleza. Sin embargo, este tipo de herejías fueron excomulgadas y condenadas por el Concilio de Calcedonia” (Donnadieu, 2008: 308). Si hasta el momento las prácticas rituales habían sido descritas como errores, el autor recurre por primera vez al concepto de herejía para caracterizar a esta doctrina comúnmente conocida como *monofisismo*, y apela a las definiciones establecidas por el Credo de Calcedonia. Sobre este punto, quizá en la búsqueda de mayor objetividad, la crítica no se hace directamente sino a través de la voz de griegos y sirios, que según de Vitry manifiestan despreciar a los jacobitas por predicar la naturaleza única de Cristo. Con el objetivo de demostrar su ineficacia o su carácter irreconciliable con la doctrina oficial, a cada error o herejía de Vitry opone su propia concepción teológica, frecuentemente mediante la interpretación de pasajes bíblicos directamente citados. Para finalizar, menciona que la lengua utilizada para la liturgia es un derivado del sarraceno común, entendida sólo por los clérigos. La imagen de los jacobitas es evidentemente negativa, pero de Vitry no deja de considerarlos cristianos, y sus errores son atribuidos más a la ignorancia que a la mala intención: “El enemigo sembró cizaña entre ellos, y por un largo tiempo han deambulado entre la oscuridad y la equivocación” (Donnadieu, 2008: 306). Está claro entonces que la fuente de todo mal es el sarraceno, y si de algo son culpables los jacobitas, es de dejarse corromper por los infieles.

Si los jacobitas son descritos con algo de benevolencia, el pueblo nestoriano, junto con su principal figura y maestro Nestorio, son despreciados sin miramientos; y su teología, asociada a términos como enfermedad y veneno (Donnadieu, 2008: 312). De Vitry repite la secuencia y luego de las referencias históricas y geográficas, dedica el resto del

capítulo a refutar la doctrina difisita difundida entre los nestorianos. Lo último que nos informa es la utilización del caldeo como lengua litúrgica, y de pan levado para la misa, a la manera de los griegos. A pesar de que, nuevamente, el mundo musulmán es representado como el verdadero origen de la corrupción de los pueblos cristianos a partir de la introducción de ideas heréticas; en este caso, esto no es suficiente para revertir una valoración innegablemente negativa. Según de Vitry,

Estos hombres (...) han sido miserablemente corrompidos miserablemente por los herejes. El antes mencionado hijo de la perdición, Nestorio, quien fue arzobispo de Constantinopla, y sus seguidores, sostienen que la Santa Virgen María no era la Madre de Dios(...) esta detestable herejía fue reprobada y condenada por el Concilio de Éfeso. (Donnadieu, 2008: 312)

El caso del pueblo Maronita es contrastante. De Vitry comienza su presentación destacando la destreza militar de estos habitantes de los montes del Líbano. Esto no los exime de la categoría de herejes, en tanto que su principal figura, Maro, es considerado como tal por predicar entre sus seguidores la idea de que en Cristo residía una única voluntad. Nuevamente, de Vitry expone sus razones para considerar que en Jesús convivían tanto la voluntad humana como la divina, en permanente contradicción. Sin embargo, esta desviación es considerada simplemente un error, y Maro y sus seguidores son absueltos de culpa y cargo al afirmar que dicho error fue causado por una “ilusión enviada por el diablo”, de la cual lograron liberarse al “voltar sus corazones” luego de muchos años excomulgados de la Iglesia Católica.

Maro, quien fue vilmente engañado por una ilusión enviada por el demonio, tuvo numerosos seguidores en su equivocación, los llamados Maronitas, los cuales por casi 5 centurias fueron expulsados de la Santa Iglesia y apartados de la comunión con los fieles (...) pero luego voltearon sus corazones y abjuraron de dicho error, plegándose a las costumbres de la Iglesia de Roma. (Donnadieu, 2008: 316).

Según de Vitry, entonces, la abjuración del monotelismo ante el Patriarca de Antioquia selló su total obediencia a Roma, la cual se expresó en la adopción de las costumbres litúrgicas latinas, a diferencia de la mayoría de las iglesias orientales.

El siguiente capítulo está dedicado al pueblo armenio. Luego de ubicarlos geográficamente, de Vitry enumera una serie de diferencias en sus costumbres y ritos con respecto a otras comunidades cristianas y a los griegos; diferencias, en algunos casos, irreconciliables. Entre ellas, la falta más grave es la práctica herética de no usar vino mezclado con agua durante la Eucaristía. El autor remarca que, a pesar de haber

jurado obediencia a Roma, los armenios nunca cambiaron sus costumbres, y tienen un primado propio al que atribuyen la misma importancia que a un Papa. La descripción, sin embargo, no es tan determinante como en otros casos.

En el caso de los georgianos, tal como con los maronitas, encontramos una valoración claramente positiva a partir de la reivindicación del carácter guerrero. De Vitry hace gran hincapié en la fuerza y en la habilidad militar de un pueblo cuyas luchas contra las naciones infieles adquieren un sentido prácticamente heroico, al estar geográficamente rodeado por ellas. Es el primer y único pueblo para el cual no se menciona ningún tipo de disenso doctrinal, y por lo tanto, no hay crítica alguna. Según el autor, los georgianos seguían la costumbre griega en la administración de los sacramentos y utilizaban el griego como lengua litúrgica.

Por último, de Vitry se aleja de Medio Oriente para describir, en un muy breve apartado, a los Mozárabes, cristianos que vivían entre sarracenos en la parte ibérica del imperio musulmán. El clérigo francés destaca el uso del latín y la devota obediencia a los preceptos de la iglesia romana, y menciona casi al pasar una costumbre singular consistente en dividir el sacramento de la eucaristía en siete partes, práctica que es considerada un error menor sin consecuencias.

La descripción de Jacobo de Vitry de las iglesias cristianas orientales posee una gran carga axiológica que el autor decide no ocultar. Como se ha visto, marcas de subjetividad tales como adjetivos valorativos aparecen diseminadas por todo el texto, evidenciando la postura ideológico religiosa desde la cual se escribe. En este sentido, los juicios de valor, en principio, parecen estar basados exclusivamente alrededor del eje que constituye su cristología antropológica, esto es, la medida en la cual las diferentes comunidades se acercan a la ortodoxia cristiana según sus doctrinas teológicas y sus prácticas rituales. Efectivamente, la doctrina y las costumbres litúrgicas, junto con la referencia geográfica —sobre todo en relación a los territorios musulmanes— son los tres elementos principales que estructuran el análisis de Jacobo de Vitry. De hecho, las definiciones de los Concilios de Calcedonia y Éfeso hacen inadmisibles las proposiciones cristológicas jacobitas y nestorianas. Por otro lado, diferencias en materia litúrgica como la de los mozárabes o los armenios podrían presentarse efectivamente como disensos menos importantes, y justificar de esa manera una valoración más positiva, o cuanto menos, neutral; y una de las descripciones más favorables, la de los georgianos, coincide precisamente con la ausencia de faltas doctrinales. El caso

maronita, sin embargo, constituye una excepción e introduce un problema: ¿Por qué la presencia de una herejía presumiblemente severa no impide una apreciación ciertamente positiva?

LAS IGLESIAS CRISTIANAS ORIENTALES Y LOS INFIELES

Tal como ya se ha mencionado, la *Historia Orientalis* contiene un gran componente propagandístico, producto de la prédica política que de Vitry realiza a favor de las Cruzadas. La figura del infiel adquiere por lo tanto una importancia central durante toda su obra, como elemento en permanente contradicción con el mundo cristiano latino. Estas consideraciones, junto con un estudio atento de la historia de las comunidades cristianas orientales, sugieren que la caracterización de las comunidades cristianas orientales puede no estar basada únicamente en cuestiones de doctrina.

La historia de las iglesias nestoriana y jacobita tiene algunos puntos en común: habiendo rechazado los postulados del Concilio de Calcedonia, comenzaron a ser perseguidas por los bizantinos y buscaron refugio tanto en los márgenes como por fuera del territorio imperial. De esta manera, el imperio persa sasánida se convirtió en receptor de grandes diásporas de disidentes cristianos. Posteriormente, la conquista árabe del siglo VII desvió la atención de Bizancio sobre estas comunidades y favoreció su crecimiento. Según Jaspert, en general, el islam era más tolerante con las minorías religiosas que el imperio bizantino, y los cristianos orientales experimentaron una clara mejoría en su situación con su llegada al poder, convirtiéndose en parte importante de la consolidación de la cultura islámica (Jaspert, 2008: 23). Nestorianos y jacobitas extendieron así sus doctrinas hacia el norte y el este de Asia y funcionaron como nexo entre la culturas grecorromana e islámica. Al precisar su ubicación territorial, De Vitry aclara que, si bien poseen dominios propios, muchos de ellos viven bajo control musulmán. Al describir a los nestorianos, por ejemplo, de Vitry elige explícitamente centrarse en los que viven “entre sarracenos”:

De aquellos que habitan por su cuenta, cuya cantidad es innumerable, no hablaremos, pero entre los sarracenos hay tantos cristianos casados con infieles y subordinados a su regla como sarracenos mismos; estos hombres, a pesar de no recibir la pestilente ley de Mahoma, han sido miserablemente corrompidos por los herejes. (Donnadieu, 2008: 312)

La particular aversión por este pueblo, en este sentido, podría relacionarse con el mayor grado de integración a la sociedad musulmana que de Vitry les reconoce en comparación con los jacobitas, cuya valoración negativa es algo más moderada.

Al analizar la historia de maronitas y georgianos, la cuestión difiere. Los maronitas, no sólo no se relacionaron con los sarracenos sino que los combatieron: resistieron la invasión y la dominación musulmana de El Líbano retirándose a las montañas. Aislados tanto del poder califal como de la autoridad patriarcal bizantina durante años, fueron redescubiertos en Trípoli por Raimundo de Tolosa (uno de los caudillos cruzados más importantes y primer conde de Trípoli) en su camino a conquistar Jerusalén durante la Primera Cruzada, a la que los maronitas sumaron sus fuerzas. Los georgianos, por su parte, habitaban un territorio propio al noreste de Anatolia. Tal como informa de Vitry, también combatieron a los infieles: el rey georgiano David IV aprovechó las campañas de los cruzados en Asia Menor para lanzar una ofensiva propia sobre los turcos selyúcidas, logrando así recuperar territorios para la cristiandad oriental. Posteriormente, reorganizó la Iglesia Ortodoxa Georgiana, al asociarla fuertemente al estado. Esto explica el énfasis que el autor pone en la valentía y el poderío militar de ambos pueblos. Para el caso georgiano, de Vitry insiste sobre el temor que inspiran entre sarracenos e incluso menciona un episodio en el que los georgianos amenazaron al príncipe de Damasco cuando éste mostró intenciones de derribar las murallas de Jerusalén (Donnadieu, 2008: 322).

Los armenios estaban establecidos en un territorio independiente dentro del imperio selyúcida, el llamado Reino de Cilicia. Durante la Primera Cruzada, Balduino de Boulougne se separó del ejército principal y atravesó el territorio armenio hasta llegar Edesa, donde luego de desalojar a los gobernantes turcos, fundó uno de los cuatro reinos latinos (Jaspert, 2008: 67). Edesa y su región circundante significaron un gran apoyo en tanto aportaron recursos valiosos a los cruzados en su camino a Jerusalén (Riley-Smith, 2004: 541). Es probable que estas características hayan moderado la posición de De Vitry con respecto a ellos, a pesar de su postura anticalcedónica.

CONCLUSIONES

Las ideas de Jacobo de Vitry sobre la religión islámica son tan importantes en su relato que estructuran incluso la imagen que se construye sobre los propios cristianos orientales. El estudio de la historia de estas comunidades permite suponer que la valoración que de ellas hace el clérigo francés no está basada únicamente en desavenencias teológicas, sino que se encuentra también fuertemente condicionada por la relación que dichos pueblos mantuvieron con las naciones infieles y específicamente, por el rol que cumplieron durante el movimiento cruzado. En efecto, las

caracterizaciones más positivas coinciden con los casos en los que los cristianos orientales se mantuvieron al margen de las esferas sociales y políticas musulmanas o directamente las combatieron, integrados a las cruzadas o por iniciativa propia. Por su parte, las caracterizaciones negativas se aplican a los pueblos que estrecharon lazos con el dominio islámico, e incluso se beneficiaron con su conquista. El resultado es un relato simplista en forma de secuencia gradual, que inicia con la descripción de los cristianos orientales “malos” para finalizar con la de los cristianos orientales “buenos”. La Iglesia maronita, reivindicada por sus características guerreras (comprobadas, por otra parte, durante su participación en la Primera Cruzada) a pesar de su error de fe, es un claro ejemplo de cómo la tensión entre la búsqueda de la construcción de una cristología antropológica e histórica por un lado, y la postura política y religiosa de Vitry por el otro, deriva en una presentación sesgada y un discurso propagandístico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bird, Jessalynn. *The Historia Orientalis of Jacques de Vitry: Visual and Written Commentaries as Evidence of a Text's Audience, Reception, and Utilization*, Essays in Medieval Studies, Volume 20, West Virginia University Press, 2003, pp. 56-74.
- Constable, Giles. *The Historiography of the Crusades*, en Angeliki E. Laiou y Roy P. Mottahedeh (eds.), *The Crusades from the Perspective of Byzantium and the Muslim World*, Washington D.C., Dumbarton Oaks, 2001
- Donnadieu, Jean. *Jacques de Vitry. Historia Orientalis*.(ed. y trad.), Turnhout, Brepols Publishers, 2008.
- Dieter Hehl, Ernst. *War, peace and the christian order*. En *The new Cambridge Medieval History*, Volume 4, Part 1, 2004.
- Jaspert, Nikolas. *The Crusades*. València, Universitat de València, 2010.
- Pahlitzsch, Johannes. *Graeci und Suriani im Palästina der Kreuzfahrerzeit. Beiträge und Quellen zur Geschichte des griechisch-orthodoxen Patriarchats von Jerusalem*, Berlín, Duncker & Humblot, 2001.
- Riley-Smith, Jonathan. *The crusades, 1095-1198*, en *The new Cambridge Medieval History*, Volume 4, Part 1, 2004.

Tyerman, Cristopher. *The debate on the Crusades*, Manchester University Press, UK, 2011.